

balance de su juventud con trepidante desparpajo

# Aprendiendo a vivir en los 70

**José Ribas**  
**Los 70**  
**a destajo.**  
**Ajoblanco**  
**y libertad**

RBA  
574 PÁGINAS  
24 EUROS

## CARLES BARBA

El presente libro invita a una pregunta previa, conectada a su vez con la actual boga de la literatura del yo: ¿en qué momento, caso de deseirlo, debe uno ponerse a escribir sus memorias? Moisés Broggi se consagró a ello a los 90, e hilvanó un primer volumen magnífico, pero el segundo reflejaba la edad. Carles Sentís quizás esperó demasiado. El caso Marsillach, por extremo, ejemplifica uno de los quids del asunto: atacado por un cáncer, aguzó su memoria al máximo al presentir su propia desaparición. Otra estrategia sería la del *work in progress*: Lorenzo Gomis o Francisco Ayala por ejemplo han fijado sus recuerdos en plena madurez, y luego han añadido apéndices.

Las que ahora entrega José Ribas parecen estar *cocinadas* en la coyuntura oportuna. Han transcurrido tres décadas desde lo que cuenta, y a sus 56 años demuestra tener una memoria muy vívida de aquel periodo. Narra su juventud (de los 20 a los 28), y la cuenta (héte aquí la gracia) con la sangre caliente de la juventud. La obra arranca en tromba (el autor vive en primera línea las huelgas y cierres de la facultad de Derecho, en el tardofranquismo), y ese ritmo novelado enfebrecido se va a mantener con pocas salvedades a lo largo de casi 600 páginas.

El comienzo marca el tono sin paliativos: el veinteañero estudiante roba un libro sobre el mayo del 68 en el *drugstore* del paseo de Gràcia, horas después de haberse manifestado con tres mil compañeros más contra los tecnócratas franquistas. Esta pequeña transgresión retrata en un gráfico *flash* al sujeto que vamos a confrontar: un hijo rebelde de la burguesía barcelonesa (su padre, falangista amigo de José Antonio, detenta ahora la vicepresidencia de la Diputación), afanoso por aparcar sus orígenes y que se apunta rápidamente al activis-

## La ola contestaria que contagió a su generación se tradujo en fiestas, viajes, conciertos y todo tipo de activismo contracultural y antisistema

mo estudiantil (de hecho, lo harán delegado de curso). Pero las marrullerías que cree percibir entre los de Bandera Roja y psuqueros le llevan a explorar otras alternativas más radicales, que le irán llegando a través de los hippies californianos, y más adelante gracias al anarcosindicalismo español.

### Un personaje stendhaliano

El José Ribas anterior a la creación de *Ajoblanco* por tanto resulta un personaje bastante stendhaliano: temperamental, intuitivo, movido por súbitas pulsiones afectivas, se roza con todo tipo de grupos y amistades (progres de todo pelaje, pijos, los novísimos, la gauche divine y, con especial tesón, gente en las antípodas de su medio, obreros, desclasados, etcétera), y cada tanto rompe con es-

te tráfigo, y se aísla en una cueva que descubre en Montjuïc (luego lo hará en Menorca), donde frente al mar, y en silencio, oye una voz interior que le anima a ir siempre a su aire, fajándose en la soledad. Todo ello no quita para que, a sus recién cumplidos 21 años, le veamos recibir complacido de su culta madre una pluma de plata (es el benjamín de la casa), ni para que en toda ocasión y momento se acerque con viva curiosidad a quienes le puedan hacer de mentor y descubrirle nuevas vías (Racionero, García Calvo o Savater harán en sucesivos momentos de su vida esa mediación). Avidez de vivir en definitiva, y sed de aprender (y no tanto en libros como en la realidad en bruto) serán los resortes básicos que irán alimentando su personalidad. Y en medio de todo ello, una voluntad inflexible de independencia, de fiarse sobre todo de sus propias observaciones: “Con discreción y sin ruido, me iba construyendo una mane-

## Hijo rebelde de la burguesía barcelonesa, el cronista se cruza con gente como Monzó, Barnils, Racionero, Rosa Regàs y hasta Jiménez Losantos

ra peculiar de observar la realidad y de atar cabos”.

Curiosamente, este José Ribas tan hiperactivo y promiscuo (no faltan correrías pasolinianas), y que va de acá para allá sin cesar tanteando su identidad en los frentes más diversos, parece encontrar sus certezas a través de una suerte de epifanías. Un día de otoño de 1973, saboreando un plato de ajoblanco en el restaurante Putxet, les anuncia a sus amigos que en Saint Germain de París ha tenido una revelación: “Voy a montar una revista de arte y cultura con quien quiera seguirme fuera de los círculos de la facultad. Es necesario dar voz a esa juventud que está harta de lo que hay”. A

partir de aquí, todo se precipita, y comienza la aventura de botar una publicación mensual que, con Franco aún vivo, y luego en una muy vigilada transición, hará llegar a toda España la buena nueva libertaria, y todo un estilo desprejuiciado de vivir el sexo, la ecología, la educación, la política y el día a día. José Ribas planta su idea de acabar Derecho y fundar un despacho, y se convierte (a pelo, sin red) en un frenético activista contracultural, que durante los cinco años siguientes desayunará, comerá, cenará y dormirá con *Ajoblanco*.

Coincidiendo con esta inflexión, las memorias cogerán ahora un acento menos personal y más coral. Y veremos a toda una nueva generación (conectada directa o indirectamente con la revista emergente) contagiándose de la ola con-

testataria,

llenando macroconciertos (el de King Crimson en Granollers, el de Frank Zappa en Badalona, Canet Rock) y protagonizando a través del teatro, los cómics, los ateneos de barrio, etcétera, un variado haz de movimientos antisistema. ¡Se sorprende uno de cuántos profesionales hoy reconocidísimos –y en los campos más varios– aportaron su grano de arena a la aventura de la revista! Por el primer *Ajo* pasaron Quim Monzó, Albert Abril, Cesc Serrat, América Sánchez, Carles Bosch, Santi Soler (el ideólogo del MIL de Puig Antich), Kar mele Marchante o Federico Jiménez Losantos. Y Luis Racionero fue uno de sus gurús a distancia. Y Toni Puig (que aparece en la foto de portada) se constituyó en el segundo pilar de la cabecera. Y Francesc Vicens o Rosa Regàs la apoyaron con gran simpatía. Y Ramon Barnils brindó su carnet, y estuvo luego con ellos en muchos momentos malos.

### Cien mil ejemplares

Pepe Ribas se da buena maña en relatar todas estas químicas e interacciones, y en resaltar que, lejos de encastillarlos en plan elitista (como ocurría en otras peñas de la parte alta), el mestizaje en su propio seno les abrió más a las distintas movidas que bullían entonces entre nosotros. *Barcelona era una fiesta*, podría haber titulado Ribas este balance, y es que las energías que estallaban entonces en una Barcelona aún no reglamentada por el olimpismo y el pujolismo (y que se concretaban en el *Zeleste* de Víctor Jou, los cómic underground de Naza-

rio y Mariscal, o la vena surrealista de rockeros urbanos como Pau Riba o Sisa), estos vientos contestatarios, estaban en línea con lo que venían haciendo los chavales de *Ajoblanco* y que les llevó a tiradas de cien mil ejemplares. A más de un lector de hoy chocará que Ribas, con una buena fe inaudita, de vez en cuando se echase por los caminos de España con un 850 cargado de *Ajos*, y en Zaragoza (contactando a Labordeta), en Madrid (a Moncho Alpuente), en Valencia (a Javier Valenzuela) o en Sevilla (a gente próxima al grupo *Smash*), se afanase en captar complicidades y en irradial por todo el país el mensaje contracultural.

Queda clara al final una cuestión: Ribas (y Puig, y Fernando Mir, y algún otro del equipo nuclear) se dejaron la piel en sostener la revista en unos años donde el control de la prensa lo tenían Torquemadas como un Fraga o un Martín Villa. Pero todos ellos supieron mezclar el curre con la jarana, y sacaron adelante cada número con alegre asambleísmo espontáneo, y sin las fastidiosas servidumbres que impone el espíritu de empresa. El Empordà por cierto fue para los del *Ajo* un escenario alternativo a las batallitas que libraban en Barcelona, y ampurdaneses son los capítulos más divertidos de la obra, con episodios como el de Monzó saliendo del baño y encontrándose *in person* a la mismísima musa de la Factory de Warhol, o con Rubert de Ventós llegando a la casa de Racionero en Sant Martí d'Empúries, y encontrándose a éste, Ribas y Puig absolutamente *out*, embarcados en un viaje lisérgico.

Lean y disfruten. Éste sí que es un *viaje* de verdad por los ilusionantes senta. |